

In honorem

DEL RIGOR Y LA PACIENCIA:
JOSÉ LUIS RODRÍGUEZ DE DIEGO

Una de las obras más sensatas y serenas del pensamiento occidental sobre el trabajo y el deber es *Sobre los oficios*, de M. T. Cicerón, autor romano, serio, severo, escribe:

«De ninguna acción de la vida (...) puede estar ausente el deber, y en su observación está puesta toda la honestidad de la vida, y en la negligencia toda la torpeza»

Desde luego podría haber elegido otro texto o una *captatio benevolentiae* diferente, pero esta me ha salido y, como tal, queda.

José Luis Rodríguez de Diego se jubila. Está y jubilado. Pero me imagino que lleno de júbilo tras los últimos años de su carrera profesional. Han debido ser terribles, angustiosos, llenos de sinsabores y agotadores. Pero él, que es sufrido roble, lo ha llevado con entereza y dignidad. Aunque eso sí: consumiéndose.

Quienes hemos hecho de Simancas nuestra casa, siempre añorándola, cuando la frecuentamos menos, le recordaremos con bien. Otras generaciones vendrán que no recordarán nada de estos intensos años finales del siglo XX e iniciales del XXI para Simancas. Pero no me lo creo, porque José Luis nos lega un archivo nuevecito (que para sí lo quisiera Juan de Herrera) y una obra científica impecable.

En efecto, mi buen amigo lector, no voy a ser frío, distante, riguroso. Ni José Luis se lo merecería..., ni yo puedo serlo para él.

Disfrutar de la compañía de José Luis, en Simancas, o en su casa, de tertulia o de trabajo ha sido uno de los placeres intelectuales más sanos de mi vida científica. ¡Y eso que extraerle más palabras de las que quiere es cosa de trabajoso sacacorchos!

Años han sido los que él ha estado abnegadamente trabajando en Simancas. Cuando empezó a ir al archivo desde Zamora, le recuerdo en las tardes en las que aún abría el archivo, en lo alto de la sala de investigadores, pegado a la ventana para robarle luz a los cielos y escatimársela a las estanterías que le rodeaban, atrincherado tras los legajos y haciendo, supongo, miles de fichas para algún esmerado catálogo.

Luego llegó Chel. Esto es, Isabel Aguirre, la jefa de sala, la que ha marcado tanto camino a tantas historias de la Edad Moderna publicadas por medio mundo.

Un día, al atardecer, bajábamos por la escalinata que ya no existe camino del autobús, que tampoco existe, y me dijo que iban a casarse. ¡Y así siguen! Igualitos que entonces, aunque la vida... ¡ay, la vida!

Desde su silencio, desde su discreción y desde su laboriosidad José Luis ha ido poniendo hitos en la historiografía española.

Acabó la licenciatura de Historia en Valladolid en 1977, ya entrado en años porque las circunstancias de cada cual van moldeando nuestros calendarios. En los años siguientes, becado por el CSIC en el antiguo instituto de Historia de la Iglesia, fue dando forma a su Tesina sobre El Tumbo del monasterio cisterciense de la Espina. En 1980 sacó la plaza de Facultativo de archivos y en 1995 obtuvo el título de doctor al defender su Tesis sobre la Colección diplomática de Santa María de Aguilar de Campóo (854-1230). En verdad que, como Facultativo de Archivos no necesitaba hacer una Tesis, pero él es así.

Su carrera profesional ha estado concentrada en Zamora (entre 1981 y 1983 fue Director del Archivo Histórico Provincial) y Simancas, desde 1983 hasta su retirada.

En Simancas fue Jefe de Sección entre 1983-87, Jefe del Departamento de Descripción y Conservación entre 1987-92, Subdirector entre 1992 y 1998 y, finalmente Director entre 1998 y 2009. Es decir, que del cuarto de siglo largo que ha estado aquí, ha pasado más de la mitad del tiempo ejerciendo como Subdirector y Director y, como decía antes, soportando unas pesadísimas obras que a muchos dieron dolor de cabeza y algunas casi perdieron el hombro en algún tropezón.

Pero su vida como Facultativo de Archivos no se limitó a la gestión. Vayamos desgranando sus secretos. Por ejemplo, el de divulgador. Simancas ha sido explicado y enseñado por él a centenares, o miles de personas de toda calidad, condición y estudios. Desde luego, varias veces a alumnos míos. Y, claro, sus visitas eran especiales porque además de su persona, estaban ilustradas con sus investigaciones, de tal forma y manera que tenían un halo de no sé qué, que las hacía singulares. Como siempre en Simancas que le echan brío y vida a su trabajo.

Además, José Luis ha guiado siempre sus conferencias sobre dos pilares: principios y métodos para la organización de los archivos y los orígenes de Simancas y su funcionamiento a lo largo de la Historia, para entender el orden de sus depósitos hoy. Sus prédicas han ilustrado a gentes de medio mundo, desde Viena a Cádiz, pasando por Sevilla y algún sitio más. Y desde universidades a centros culturales. Especialmente significativas han sido sus intervenciones en los cursos de Archivística de la Fundación «Sánchez Albornoz» de Ávila o en los de Doctorado del Instituto de Historia Simancas.

Por otro lado, José Luis Rodríguez es autor de libros y publicaciones conjuntas. Su *Instrucción para el gobierno del Archivo de Simancas* (año 1588), Valladolid 1989, va por su ¡segunda edición! Y lo pongo entre interjecciones porque hacer dos ediciones de un libro que trata de la historia de un archivo es un fenómeno insólito. Pero si lo contemplamos desde otra perspectiva, tenemos la clave: es un libro fantástico que ha abierto nuevas vías a la investigación sobre la historia necesaria de los archivos reales, señoriales, institucionales en general. El problema es, cómo no, el de las fuentes para los siglos de la Alta Edad Moderna. Pero el mundo del conocer qué documentos se custodian, cuáles se destruyen y sus causas, o quién consulta el qué, el cuándo y por qué es un mundo –digo– fascinante.

Igualmente colaboraron juntos él y F. J. Álvarez Pinedo en otro libro muy especial, *Los Archivos Españoles*. Simancas (Madrid, 1994).

Medio centenar de artículos coronan su actividad profesional. Artículos publicados en revistas científicas, o en actas de congresos que nos permiten adivinar en él a un archivero enamorado de su trabajo y con una fuerte proyección internacional y elevado reconocimiento institucional español y, sobre todo, italiano.

Porque a José Luis hemos recurrido muchos, para muchas cosas, muchas veces. No sólo para cosas de archivo. Y lo guardamos en la memoria.

ALFREDO ALVAR EZQUERRA
Profesor de Investigación del CSIC
Académico Correspondiente de la Historia